

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

ANA. PASCUAL, que viene de fuera

PASCUAL. Con que, dime, ¿has despedido á los lacayos?

ANA. Sí: ahora. Me lo mandó la señora. Mas tú ¿cómo lo has sabido?

PASCUAL. Los he encontrado.

ANA. Ya ves el trastorno que hay en casa.

PASCUAL. Por cierto que lo que pasa cosa del demonio es.

ANA. ¡Qué chasco...! ¡Pobre don Blas! Yo al pronto no lo creí, y aunque en la fonda algo oí, no pensé en ello jamás.

PASCUAL. Lance es de marca mayor. A mí lástima me han dado. Quien á mí me la ha causado es el bueno del señor. Y también la señorita; mas por el ama...

ANA. En verdad que su necia vanidad y su condición maldita no merecen compasión.

PASCUAL. ¿Pues y el señor capitán?

ANA. ¡Cuántos á galeras van que más hombres de bien son!

PASCUAL. ¡No sabes qué trucha es! Si yo te dijera á tí...

ANA. ¿Y qué tardas, Pascual? Dí...

PASCUAL. No, que me dirás después que soy un grande hablador. Pero has de saber... No quiero. (*Acariciándole.*) Cuéntame... ¡Anda, majadero! Pascualito..., hazme el favor... ¡Qué curiosa...! Al fin, mujer. Y si es cosa de los amos, dime, Pascual, ¿á qué estamos sino á murmurar y oler?

PASCUAL. Pues ofrécame secreto, porque es cosa de importancia.

ANA. Dime sólo la sustancia, que yo callarlo prometo. (*Mirando á todas las puertas para asegurarse que nadie le oye.*) Pues has de saber que él en cuanto la plata olió casarse al punto trató. (*Con gran curiosidad.*) ¿Quién, Pascual? ¿Quién?

PASCUAL. Don Miguel.

ANA. Pero... ¿A qué nadie adivina la novia...?

ANA. ¡Ya! la muchacha.

PASCUAL. Hablas como una borracha. Pretende á doña Rufina.

ANA. Anda, embrollon, embustero. ¿Piensas que es mentira?

ANA. Sí.

PASCUAL. Pues, amiga, yo lo oí.

ANA. ¡Mucho deslumbra el dinero! Pero... ¿cómo...?

PASCUAL. Hace tres días que yo ahí dentro oculto estaba, y aquí la señora hablaba con su primo boberías. Me puse atento á escuchar, y el capitán empezó á decirle... ¿Qué sé yo? Cosas para reventar. (*Dudosa.*) Calla, bruto.

PASCUAL. Pues si callo, ¿cómo te lo he de decir? Era cosa que reír hiciera no á mí, á un caballo, ver á la vieja hacer quiebros, y al taimado capitán muy rendido y muy galán flores echarle y requiebros.

ANA. ¿Con que ambos se enamoraban?

PASCUAL. Pero con muy casto intento, pues de santo casamiento

y de nada más trataban. Que ya hacia muchos años que se abrasaba en su fuego, que estaba por ella ciego, y otras locuras y engaños el capitán le decía, y la vieja se miraba, *picarillo* le llamaba y los labios se mordía.

ANA. ¡Muy lindo paso, por Dios!

PASCUAL. Pues ayer los encontré de nuevo y me agazapé para escuchar á los dos.

Volvieron á los amores y á reconcomerse el ama, á hablar de pasión y llama y á equivoquillos y á flores, y después el muy taimado, más astuto que el demonio, le propuso matrimonio con muy grande desenfado.

ANA. ¿Y en qué quedaron por fin?

PASCUAL. En que se hizo de rogar, ¿quién tal pudiera pensar? el quintañon serafín.

ANA. ¿Cómo?

PASCUAL. A pesar de que estaba hecha una jalea toda, á la apetejada boda obstáculos encontraba; diciendo que á perder iba el título de marquesa, y que era una cosa esa para ella muy cuesta arriba. Pero el remedio dispuso el galán, como discreto, y matrimonio secreto al instante le propuso.

ANA. ¿Y aceptó?

PASCUAL. ¿Qué había de hacer? Si un novio se le presenta cuando ha cumplido cuarenta, ¿lo desprecia una mujer?

ANA. ¡Jesus...! ¿A tal vieja quiere?

PASCUAL. El sólo quiere pillar dinero para jugar, y venga como viniere.

ANA. (*Recapacitando.*)

¡Válgame Dios...! Pero ahora me haces sospechas tener de cosas que he visto hacer al primo y á la señora. Es cierto. Desde que vino la carta, muy servicial anda don Miguel, Pascual, muy obsequioso y muy fino.

TOMO II

Con la primita á paseo, á misa con la primita... ¡Miren la vieja maldita, que aun le gusta el galanteo! Mas ya que llevó el demonio las esperanzas en flor, también llevará este amor y el tratado matrimonio.

PASCUAL. Pues que de secretos va, decirte otro es menester, mas también me has de ofrecerle callarlo.

ANA. Dímelo ya.

PASCUAL. Has de saber... Pero no. Acierta de dónde vengo.

ANA. (*Con impaciencia.*)

¿Cómo de acertarlo tengo?

PASCUAL. De... de... Pascual, ¿qué sé yo?

ANA. De casa de don Juanito.

PASCUAL. ¿De quién, hombre?

De don Juan, el que era novio ó galán de la niña.

ANA. ¡Habrá maldito...!

¿Te has echado á corredor...?

PASCUAL. ¿A qué?

ANA. A traer y á llevar, á componer y á ajustar inconvenientes de amor.

PASCUAL. Calla, lengua viperina. Si yo á don Juan he buscado, es porque me lo ha mandado el ama doña Rufina.

¡Pues muy bonito soy yo para el papel de tercero!

ANA. No te enfades, majadero.

PASCUAL. ¿Yo alcamoses...? Eso no.

ANA. No te amosques, no, Pascual, que ofenderte no es mi intento. Además que en casamiento intervenir no es gran mal.

PASCUAL. Hija, yo en nada intervengo, si de hombre y mujer se trata, ni por cien montes de plata, que de gente honrada vengo. Si á buscar á don Juan fuí, con recado fué del ama.

ANA. ¿Qué quiere de él?

PASCUAL. Que lo llama.

ANA. ¿Le pide que venga?

PASCUAL. Sí.

Como el diablo la fortuna del indiano se llevó, busca al que ántes despreció. No tiene vergüenza alguna. Pero, Pascual, ¿qué recado

32

PASCUAL. te dió la señora? Dí.
Que al momento venga aquí.
ANA. ¿Y tú á don Juan se lo has dado?
PASCUAL. Sin duda. Y lo bueno está
que me encargaron lo diera
como que de parte era
de la señorita.

ANA. Ya.
PASCUAL. Mas yo no quise mentir,
y le dije que es el ama
quien con tal priesa lo llama.
ANA. ¿Y él ha quedado en venir?

PASCUAL. No sé. Había mucha gente
en la tienda, y un criado
me dijo que le había dado
á su padre un accidente
por cierta mala noticia...

ANA. *(Sorprendida mirando á la puerta
del fondo.)*

¡Ay, que viene aquí don Blas!
¿Y qué importa?

PASCUAL. Que... quizás...
ANA. No tiene tanta malicia.

ESCENA II

LOS MISMOS. D. BLAS *por el fondo*

D. BLAS. *(Con una carta en la mano.)*
Hazme, Pascual, el favor
de llevar en el momento
esta carta.

PASCUAL. Como un viento
voy á servirlos, señor.
D. BLAS. Nombre y señas puedes ver
en el sobre, y diligente...

PASCUAL. Sólo hay un inconveniente,
y es que yo no sé leer.

D. BLAS. *(Leyendo el sobre.)*
Pues imponte. Dice así:
*A don Juan Antonio Greda,
en el arco de la Seda,
número tres. ¿Estás? Dí.*

PASCUAL. *(Tomando la carta.)*
¡Toma, toma...! ¿Que si estoy...?
Ya conozco al perillan.

ANA, ¡si es nuestro don Juan!
Al momento, señor, voy.

D. BLAS. ¿Le conoces?

PASCUAL. ¡Pues si era
novio de la señorita!

D. BLAS. *(Con interés.)*

PASCUAL. ¿De mi sobrina Paquita...?
(Viendo que Ana le hace señas.)
Voy al punto.

D. BLAS. *(Deteniéndole.)* Escucha, espera.
¿Este don Juan será pues

quien con mi sobrina estaba
concertado y que la amaba
con tanta ternura?

PASCUAL. Él es.
D. BLAS. *(Suspense.)*
Pues entónces... Sí... *(Con resolucion.)*
Al instante

la carta le has de entregar
en su mano y sin tardar.
Mira que es interesante.

ESCENA III

D. BLAS. ANA

D. BLAS. *(Sin reparar en Ana.)*
Muy bueno el saber ha sido
que es este mismo don Juan
el novio amable y galan
por mi causa despedido.

ANA. *(Reparando en Ana.)*
¡Hola...! ¿aun estabas aquí...?
¿Dónde mi hermana Rufina,
dónde mi hermosa sobrina
se encuentran? Muchacha, dí.
Como le dió á la señora
la jaqueca...

D. BLAS. ¿Mala está?
ANA. En cuanto rabia, le da
esto que le ha dado ahora.
D. BLAS. Pero... ¿no es cosa de cama...?
ANA. ¡Qué! No señor; no hay cuidado.
Tal vez ya le habrá pasado...
Sin duda, porque me llama.

ANA. *(Mirando á la izquierda.)*
Aquí me pienso que viene.
D. BLAS. ¿Viene aquí? Pues yo me voy,
porque conociendo estoy
que ya poco amor me tiene.

ESCENA IV

ANA, sola

¡Qué amable que es! ¡Pobrecito!
¡Y con qué paciencia lleva
sus desgracias!... Esto prueba
que tiene un genio bendito.

ESCENA V

ANA. D.^a RUFINA

D.^a RUF. *(Enojada.)*
¿Nunca has de contestarme
por más voces que doy cuando te llamo?
¡Vaya, en desesperarme
cifras tu gusto!... ¿Dónde está tu amo?
¿Fué tal vez á paseo?

ANA. Que allá en su cuarto está, señora, creo.
D.^a RUF. ¿Y Pascual ha venido?...?

Porque, si no me engaño, hace un minuto
que charlar le he sentido.

ANA. Ha vuelto, sí señora.
D.^a RUF. Y el gran bruto,
¿por qué de mi recado
la debida respuesta no me ha dado?
Que venga en el momento.

ANA. Otra vez me parece que ha salido.

D.^a RUF. ¡Hay tal atrevimiento!...
Sin duda á la taberna se habrá ido.

ANA. Don Blas le dió una carta...

D.^a RUF. *(Furiosa.)*

Blas de desesperarme no se harta.
¿Y quién, por vida mia,
le mete en disponer de mis criados?
Mucho mejor haria
en irse y en dejarnos descansados.
Pues se engaña por cierto
si piensa aquí dormir. ¡Alberto, Alberto!

ESCENA VI

LOS MISMOS. D. ALBERTO, *sin uniforme*

D. ALB. ¿Qué me quieres, hermana?

D.^a RUF. Tengo que hablarte.

(A Ana, que se retiraba.)

Dime, ¿despediste

á los lacayos, Ana?

ANA. *(Desde la puerta.)*

Sí señora.

D.^a RUF. ¿Y su ropa recogiste?

ANA. Tambien.

D. RUF. Dile á Paquita

que venga.

ANA. Voy. *(Aparte.)* ¡Qué vieja tan
(maldita! (Vase.)

ESCENA VII

D.^a RUFINA. D. ALBERTO

D. ALBERTO. Pues, hermana, ¿qué ha ocurrido?

D.^a RUFINA. Mil cosas que hablar tenemos.

Muy grandes son los apuros,
y es fuerza buscar remedio,
y tomar nuestro partido
con este hermano tan necio.

Si se queda con nosotros
será insoportable peso.

Y su ordinarez, su facha,
y sus bajos pensamientos
van sin duda á abochornarnos
y á descubrir mil secretos.

Todo podia soportarse
en gracia de su dinero,
pero perdido el tesoro...

D. ALBERTO. Por mí váyase al momento.

Tus temores son fundados.
Haz lo que quieras.

D.^a RUFINA. Yo quiero
decirle que no es posible
tenerle en casa más tiempo,
y tal vez por aburrido
viéndose aislado y sin medios
se ausentará de Sevilla:
y por mí, vaya al infierno
con tal que de aquí se aleje.

D. ALBERTO. Pero entre tanto, remedio
nuestra situacion no tiene;
y no tan sólo nos vemos
con toda nuestra esperanza
convertida en humo y viento,
sino privados tambien
del apoyo y de los medios,
que la boda de la chica
con aquel jóven tendero
nos iba á proporcionar.

D.^a RUFINA. Para hablarte, hermano, de eso
te llamo precisamente.

¿Piensas tú que yo me duermo?

Ya al don Juan (que es un cuitado,
un niño á quien le daremos
papilla si tú me ayudas)
un recado muy atento
de parte de mi Paquita
le he enviado; y sé de cierto
que no se hará de rogar,
porque de amor está ciego.

D. ALBERTO. La muchacha estará loca,
con tal nueva, de contento.

D.^a RUFINA. Mira tú si es mentecata,
que se opone á todo esto,
pensando que es vergonzoso
tras de los desaires hechos
llamarle; y es tan menguada
que ni aun verle quiere.

D. ALBERTO. ¡Bueno!

¡Es una alhaja Paquita!

D.^a RUFINA. Es necia con todo extremo.
Yo la he estado predicando,
pero todo sin efecto,
y ahora la mandé llamar
á ver si entramos podemos
recabar de ella, que al novio
trate de empeñar de nuevo.
Ni otro camino nos queda,
y si en humo se volvieron
todas nuestras esperanzas
por ese Blas tan mostrenco,
agarrarnos es preciso
aunque sea de un clavo ardiendo.
Este buen don Juan de Greda,
aunque es tambien otro necio,

al fin dota á la muchacha, tiene crédito y dinero, y en atrapándolo aquí á mi cargo queda luego disponer de sus talegas, hacerle que tome apego á los títulos y honores, que dé un puntapié al comercio, y que con todas sus fuerzas ayude nuestros intentos, y á dar al pobre Miguel (que está al fin á cargo nuestro) con que adelantar consiga su carrera.

D. ALBERTO. Desde luego.
D.ª RUFINA. Pues aquí Paquita viene.
D. ALBERTO. Al fin la convenceremos.

ESCENA VIII

LOS MISMOS. D. PAQUITA, sin el collar

D.ª PAQUITA. Mamá.
D.ª RUFINA. Ven acá, hija mía. Preciso es que te convenzas de que es ya llegado el día (como há poco te decia) en que á tí misma te venzas. Aunque segun imagino no habrá mucho que vencer, si es que el loco desatino de aquel tierno amor, tan fino, se encuentra en el mismo ser. Don Juan luego ha de venir, que en tu nombre se ha llamado. Tú aquí lo has de recibir, y bien le puedes decir que lo tratado, tratado.
D. ALBERTO. Sí, sobrina; yo he de ser el padrino de la boda. Ya puedes, hermosa, ver cómo de nuevo encender de ese novio el alma toda.
D.ª PAQUITA. ¡Válgame Dios!... ¿Y ha enviado usted de cierto, mamá, á don Juan el tal recado por mí tan desaprobado? ¡Jesus!... ¡Jesus! ¿Qué dirá?
D.ª RUFINA. Nada, vendrá; y está en tí, si lo ha ofendido el rigor con que se le echó de aquí, saber disculparme á mí, que todo lo alcanza amor.
D.ª PAQUITA. ¡Y qué!... ¿Yo le he de rogar tras de ofensa tan reciente? Me abochorno de pensar lo que él puede imaginar,

y lo que hablará la gente.
D. ALBERTO. Anda, tonta; así se ceban estos rendidos amantes. Mientras más desaires prueban y mayores golpes llevan, son más firmes y constantes. Dale tú una miradita, culpa su poco teson, echa alguna lagrimita, y al punto verás, Paquita, que él mismo pide perdon.

D.ª PAQUITA. (Con resolucion.) Yo esas intrigas no sé ni pienso que valen nada. Amo á don Juan, bien se ve, mas nunca le rogaré. Su venida es excusada.

D.ª RUFINA. (Alterada.) ¿Ves lo que te he dicho, Alberto? Es muy gran bestia esta niña. No hay que pensar en concierto.

D.ª PAQUITA. Mamá, motivo por cierto no doy de que usted me riña.
D.ª RUFINA. Sí, mentecata. ¿No ves que ya en hacerse esta boda se ofrece grande interés, porque el solo apoyo es para tu familia toda?

D. ALBERTO. Lo que yo juzgo, Rufina, es que poco amor le tiene al tal don Juan mi sobrina, cuando no se determina á hablarle como conviene.
D.ª PAQUITA. ¡Y qué engañado está usted! Que mi amor es verdadero harlo se prueba y se ve tan sólo con notar que degradarme ante él no quiero. Y porque le adoro yo, que volviera el mismo día en que de aquí se le echó y en que tanto oprobio oyó, con el alma sentiria; porque un hombre ha de tener para ser amado, honor, como debe una mujer que querida quiere ser tener vergüenza y pudor.

D.ª RUFINA. Esas son filosofías de las novelas fatales, y con esas tonterías siempre quedan para tias las niñas sentimentales.

D.ª PAQUITA. ¿Qué novelas leo yo?

D.ª RUFINA. No repliques, niña, más. Mi paciencia se acabó,

y hoy mismo, quieras ó no, con don Juan te casarás.

D.ª PAQUITA. Con el alma lo deseo, ya lo he dicho muchas veces; mas poderlo alcanzar creo sin dar ningun paso feo.

D. ALBERTO. Ya esas son ridiculeces.

D.ª RUFINA. Lo que yo te mando harás: obedecerme es lo cierto. ¡Pues no nos faltaba más! ¿Has visto, dime, jamás tan terca muchacha, Alberto?

ESCENA IX

LOS MISMOS. D. BLAS, sale de su cuarto

D. BLAS. Mucho de encontrar me alegre junta la familia toda, para que hablemos un rato y arreglemos nuestras cosas.
D.ª RUFINA. ¡Pues no está mala embajada con la que sales ahora!

¿Qué tenemos que arreglar? Es ocurrencia graciosa que quien perdió su fortuna de una manera tan tonta, venga con tan necio orgullo á arreglar ajenas cosas.

D. BLAS. (Con mucha calma.) Rufina, de mi desgracia culpa ninguna me toca; si el enorme peso de ella, pues la pérdida no es floja. Mas ya remedio no tiene, por lo cual, hermana, todas las riñas, reconvenciones y quejas están de sobra. La pena que habeis mostrado al saberla, fué muy propia del interés y el cariño que debeis á mi persona; mas ya pasó aquel momento, y con más calma y pachorra como muy buenos hermanos, que al fin lo somos, ahora arreglaremos el modo de vivir en paz.

D.ª RUFINA. (Interrumpiéndole con viveza.)

¿Con bromas te vienes?... Por vida mía, que tu vergüenza es bien poca.

D. BLAS. Escucha, Rufina, un rato. Muy de prisa te amontonas.

D.ª RUFINA. ¿Escucharte? ¡Bueno fuera! Yo no sé por qué no tomas como debes tu partido.

Que en esta casa incomodas debes ya de conocer.

D.ª PAQUITA. ¡Jesus!... ¡Mamá!

D.ª RUFINA. Calla, tonta, y vámonos allá adentro á tratar de lo que importa, ya que ha osado interrumpirnos este necio.

D. BLAS. (Con mucha paciencia.)

Te alborotas, hermana, muy pronto. Escucha.

D.ª RUFINA. Sólo el verte me rebota.

D. BLAS. ¡Rufina!!!

D.ª RUFINA. (A don Alberto y á doña Paquita.) Vamos adentro.

D. ALBERTO. Tu enojo, hermana, reporta. Escuchémosle, que al cabo...

D. BLAS. (A don Alberto.) Ella se altera y sofoca porque ha juzgado que todo se ha perdido, y se equivoca. Pues aun tenemos bastante para pasar sin zozobras, no sólo una vida buena, sino vida regalona.

D.ª RUFINA. (Confusa y tomando un aire amable y tranquilo.)

Pues, ¡qué! ¿se ha salvado algo?... Eso, Blas, es otra cosa.

D. ALBERTO. ¿Lo ves, Rufina?... ¿Lo ves?...

Ten cachaza: no seas boba.

D.ª RUFINA. Con que, dí, Blas, ¿aun podemos?...

D. BLAS. Como sé que te incomoda cuanto digo, no me atrevo...

D.ª RUFINA. No me incomoda. Perdona. Habla pues. Con que, dí, ¿todo no se ha perdido?

D. BLAS. (Tomando una silla y presentándosela á doña Rufina.)

No. Toma esta silla y está atenta.

Paca, Alberto, tomad otras y en gracia de Dios hablemos como la gente de forma.

(Acercan sillas doña Paquita y don Alberto y se sientan.)

D.ª RUFINA. (Sentándose.)

Bien, me sentaré.

D. ALBERTO. Sí, hermana.

D.ª RUFINA. (A don Blas con cariño.)

Dínos, pues, fuera de broma, qué has salvado y con qué suma...

D. BLAS. (Sentándose.)

Voy allá. La tarde toda en calcular he pasado los recursos que aun nos sobran,